

hacían olvidarse de todo lo demás. Hizo sentar de nuevo á su hija delante de su tocador, y ella misma peinó con el mayor esmero su hermosa cabellera.

No volvió á nombrarse á la camarera despedida delante de Regina; pero su madre, que conocía y apreciaba las excelentes cualidades de aquella pobre muchacha, le envió algunos socorros y le buscó otra colocación en casa de una señora amiga suya.

De esta suerte, el carácter duro de la joven alcanzaba siempre la victoria; y sin embargo, la mayor parte de su fuerza, de su rara energía, permanecía aún medio velada entre los risueños recuerdos de su infancia, tan recientemente pasada, y las bellas y radiosas esperanzas de su naciente juventud.

¡Ay de aquellos padres, que la amaban con tan loco amor, el día destinado para la total aparición de tan funestas dotes!

V

LA CASITA

El palacio de los Marqueses de Villalta daba, por la parte donde estaban situadas las habitaciones de verano de Regina, á una calle estrecha y sin salida, sombría y oscura, y por consiguiente, sumamente fresca.

Su madre, deseando preservarla de todo ruido que la molestase, había colocado allí su dormitorio, y Regina había aceptado gustosa semejante arreglo, que la era ventajoso, sin pensar en rogar á su madre que se aprovechase también de él, pues el excesivo cariño con que estaba criada había desarrollado en su alma un egoísmo extremado.

La primera vez que ocupó su alcoba de verano, fué para dormir en ella la siesta; ésta se prolongó hasta la hora de comer; pero no queriendo sus padres despertarla, esperaron con paciencia hasta que ella abrió los ojos, que fué cerca del anochecer.

Todavía no se habían entrado luces en el aposento, porque la Marquesa temía turbasen el sueño de Regina: por lo tanto, lo primero que vió ésta, al despertar, fué la débil luz del crepúsculo.

Saltó del lecho, y después de recibir un beso de su madre, aproximóse á la ventana, guarnecida de cortinas de raso azul y blanco recogidas con gruesos cordones de perlas, y la abrió de par en par, para respirar el aire libre de la tarde.

Sólo una casa se veía en aquella estrecha calle; pero su apariencia llamó vivamente la atención de Regina por el contraste que formaba con el magnífico palacio de sus padres.

Era una casita de un solo piso muy bajo, y que únicamente tenía dos angostas ventanas para recibir la luz: una mezquina puerta le daba entrada; pero sin duda por estar cerrada constantemente, tenía un humilde aldabón de hierro, semejante á los que vemos en las casitas de las aldeas.

Las dos ventanas tenían cortinillas blancas: la una, cerrada, ostentaba en su reducido antepecho dos pequeñas y pobres macetas de barro encarnado; en una de ellas crecía, cuidada con esmero, una mata de alelíos, y en la otra una frondosa albahaca verde y recortada.

La segunda ventana estaba abierta de par en par, y á pesar de la escasa luz del crepúsculo, pudo Regina distinguir, sentada junto á ella, á una joven vestida de luto, que bordaba aprovechando la última claridad de la tarde.

La hija de los Marqueses de Villalta permaneció, durante algunos instantes, mirando aquella limpia y pobre casita tan humilde y tan triste.

Un sentimiento inexplicable se iba apoderando de ella sin que lo advirtiese ni se aperebiese de ello su voluntad: había cierta armonía entre la casa y su habitadora, y ambas hablaban al alma un lenguaje lleno de poesía y de elocuencia.

Regina, nacida y criada entre el fausto y la ostentación, se sentía agobiada por él como por un peso que traía en pos el hastío y la indiferencia para todo; aquella alma enérgica y fuerte se helaba falta de sensaciones, porque á la edad en que la sangre arde en las venas, á la edad en que el corazón se inunda de sol y de perfumes como un joven árbol, era ella tratada lo mismo que una niña de diez años.

Es verdad que sólo tenía seis más; pero en seis años, ¡cuántas mudanzas se operan en el corazón de la mujer! ¡Qué cambios de sentimientos! ¡Cuántas ilusiones pasan por su mente en mágico tropel y le doran el presente y el porvenir! ¡Y cómo necesita de una amiga!

Nadie mejor que la Marquesa podía haberlo sido de su hija; mas para esto era necesario que ambas hubieran estado dotadas de otro carácter.

Gabriela era demasiado tímida, demasiado tierna, demasiado sencilla para aquella hija fuerte, imperiosa, arrebatada; para aquella hija que mu-

chas veces le imponía respeto por la varonil sublimidad de su entendimiento, y un doloroso temor con los arranques de su carácter áspero y soberbio, tanto como apasionado.

Gabriela hubiera deseado una hija más dulce: Regina, una madre más fuerte.

Debe haber entre una madre y su hija el mismo equilibrio que en el matrimonio, para que el respeto, el cariño y la ternura sean verdaderamente sentidos y formen ese lazo dulce é indisoluble que dura tanto como la vida.

En el matrimonio, el esposo, que es el que protege, debe valer algo más que la mujer, que es la protegida.

Asimismo la madre, que es la que debe ser respetada, debe ser superior á su hija, aunque sólo sea por las prendas del alma, para que ésta la respete.

Entre aquellas dos mujeres, la una dulce, tímida, risueña, débil; la otra austera, valerosa, grave y fuerte, había de haber algo que las separase, ó mejor dicho, algo que apartase á la fuerte Regina de su madre, suave, humilde y resignada siempre, por hábito y por prudencia, colocada como se hallaba entre los férreos caracteres de su esposo y de su hija.

Regina ansiaba mucho tener una amiga de su edad: aun no había amado más que á sus padres, y su corazón estaba lleno de afectos: no había conocido ni el amor ni la amistad, sino el cariño de

la familia, para ella más monótono que grato, por lo excesivo y por lo previsor y fácil.

Aquella joven vecina le hizo pensar de nuevo y con mayor fijeza en lo que tantas veces había pensado:—¡Qué bueno debe ser tener una amiga á quien poder comunicar todos sus sentimientos, á quien poder hablar con desahogo y confianza!

Después de este pensamiento, otro nuevo se levantó en el alma de Regina, que estaba más en armonía con su carácter fuerte que el deseo de una intimidad que nunca había conocido.

—Esa joven parece pobre, pensó, pero no con esa pobreza que se ostenta y que ofende, como la que vemos en los mendigos que imploran nuestras limosnas: esa pobreza es la pobreza modesta, ruborosa y combatida sin cesar por el trabajo y el aseo. ¡Cómo borda! ¡Y cuán grato debe ser el vivir ocupada por deber y para ganar algo! Esa joven tendrá sin duda padrès, hermanos pequeños, ó tal vez un esposo á quien ayudará á tener alguna comodidad con el fruto de su trabajo... Y ellos, en cambio, ¡cuánto amor le darán; y qué placer tan puro experimentarán al reunirse todos cada noche en derredor de la mesa de la familia!

De esta suerte, y por esa impreseindible necesidad del corazón humano, Regina llegaba á envidiar lo que es reputado en la vida como el mayor de todos los males: la pobreza. ¡Ella, la rica heredera, la joven dama, tan bella, tan opulenta, tan envidiada á su vez de cuantas jóvenes la co-

nocian! ¡Ella, que imperaba como soberana absoluta en aquel magnífico palacio! ¡Ella, ante cuyos ojos todo se doblegaba y se plegaba todo!

Su voluntad, hasta entonces oculta entre los sueños de la adolescencia; el deseo de ser algo por sí misma que no fuese debido á la influencia de su riqueza y de su posición; la sed de independencia inseparable de su carácter fuerte y enérgico: todo esto había formado en su alma una tempestad que la sacudía con una fuerza desconocida, y de la que ni ella misma podía darse cuenta.

La dulce voz de su madre la sacó de sus reflexiones; la Marquesa, admirada de lo largo de aquella contemplación, la llamó para conducirla al comedor.

Regina dejó con trabajo su ventana; hubiera deseado permanecer en ella hasta que la joven hubiera dejado su labor y hasta que la luz artificial hubiera reemplazado en la casita los últimos resplandores del crepúsculo.

Pero no sabiendo cómo expresar aquel deseo lleno de vaguedad para ella, siguió á sus padres á la pieza de comer, que era una maravilla de lujo aristocrático é inteligente, no menos que de riqueza y de suntuosidad.

La gran mesa redonda que ocupaba el centro estaba alumbrada por cuatro candelabros de oro cincelado, cargados de bujías; la vajilla de plata era de un valor incalculable, y el cristal de Venecia reflejaba las luces en mil cambiantes, refleján-

dose también en seis enormes ramilletes que, colocados en soberbios vasos de porcelana del Japón, guarnecían la mesa.

La joven, grave y silenciosa según su costumbre, se colocó en su sitio, que estaba entre los de su padre y su madre, y poco á poco se fué olvidando de su vecina.